

Gobierno Militar

El 3 de octubre de 1968 el General Juan Velasco dio un golpe militar contra el gobierno del Presidente Constitucional Fernando Belaúnde Terry, quién debió pasar largos años exiliado. La sorpresa y frustración de todos quienes creían en la democracia fue grande. Lo mismo ocurrió con el Servicio Diplomático que, en función del principio fundamental de continuidad de los Estados, tuvo que reconocer la situación y adaptar su actuación profesional a las circunstancias, procurando siempre que se atendieran los intereses permanentes del país en el ámbito externo y se minimizaran en lo posible, los daños que producirían al país esas nuevas circunstancias.

Como Ministro de Relaciones Exteriores fue designado el General Edgardo Mercado Jarrín, a quién nadie conocía en el Ministerio. Tras las comprensibles dificultades iniciales, relativas a lo que en aquel tiempo todavía era la cuestión fundamental del reconocimiento de gobiernos, que exigió importante gestión diplomática, se fue advirtiendo que el nuevo Ministro era una persona realmente interesada en los temas internacionales, tenía bagaje académico y entendía las características del funcionamiento del sistema internacional; además de sensibilidad para entender las peculiaridades de la gestión diplomática. Sabía que en este ámbito no se trataba de impartir órdenes, sino de usar instrumentos políticos y diplomáticos para que los posicionamientos internos e internacionales del Perú fueran entendidos y, en lo posible, aceptados.

En medio de esa situación sui generis, trabajar con el General Mercado Jarrín fue una experiencia interesante. En su trato personal, era correcto y considerado. Como asistente especial, llevó al entonces joven Comandante Sinecio Jarama Dávila quien, en poco tiempo comprendió que el Servicio Diplomático albergaba funcionarios de extensa experiencia y valiosos conocimientos, lo cual, unido a la consideración y respeto con que trataba a todos, le granjearon amistades sinceras que se mantuvieron durante la continuación de su distinguida carrera y hasta su sentido fallecimiento.

Poco antes de la ruptura del orden democrático, el acuerdo alcanzado por el gobierno del Presidente Belaúnde Terry con la International Petroleum Company, fue considerado determinante de la decisión del Gral. Velasco y otros altos oficiales de establecer el llamado Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada. Entre sus primeras decisiones estuvo la nacionalización de esa empresa. Comprensiblemente, el gobierno de los Estados Unidos recibió con enorme desagrado esta decisión e impuso al Perú la enmienda Hickenlooper, sanción sumamente perjudicial para el país y cuyo levantamiento requirió varios años de esfuerzo. Algunos estudiosos de Estados Unidos, consideraron que el Gobierno del Perú debía darse por satisfecho con no haber recibido sanciones más drásticas.

Por la continuidad de las relaciones internacionales fue necesario seguir adelante con los temas de interés nacional. Las relaciones vecinales, las vinculaciones económicas exteriores, el renovado tratamiento internacional del derecho del mar y muchos otros. En todos ellos, el Servicio Diplomático con notables figuras como los Embajadores Javier Pérez de Cuéllar, Juan Miguel

Bákula Patiño, Alejandro Deustua, Carlos García Bedoya, Augusto y Jorge Morelli Pando, José de la Puente, Carlos Alzamora Traverso, Felipe Valdivieso Belaúnde, Felipe de Bustamante Denegri, Alfonso Arias Schreiber, Juan José Calle y Calle, Alberto Wagner de Reyna, Hubert Wieland Alzamora, Jorge Guillermo Llosa, Guillermo Lohmann Villena, Gonzalo Fernández Puyó, Arturo García y García, Julio Ego Aguirre, Manuel Augusto Roca Zela, José Carlos Mariátegui, Luis Fernán Cisneros, Juan del Campo, Luis Marchand Stens, Bolívar Ulloa Pasquette, Antonio Belaúnde Moreyra, Gustavo Silva, Julio Balbuena Camino, Jorge Pablo Fernandini, Fernando Berckemeyer Pazos, Manuel González Olaechea y tantos otros Embajadores y funcionarios de todas las categorías, contribuyeron mucho a mantener la defensa de los intereses permanentes del país y evitar que se intentara implementar algunos planteamientos extremos de ciertos sectores militares.

Pero eran tiempos de cambios y, progresivamente, el Perú amplió el ámbito de sus relaciones bilaterales a la Unión Soviética y países del Este de Europa y Cuba, enviando como primer Embajador a Moscú a Javier Pérez de Cuéllar. Asimismo, reconoció a la República Popular China como titular de su representación en Naciones Unidas y el Consejo de Seguridad y se incorporó al Movimiento no Alineado.

En los varios años de gestión del General Mercado Jarrín, inicialmente lo secundó como Secretario General el Embajador Alejandro Deustua. La Cancillería se organizó en Sub Secretarías Política, Económica, Administración y una novedosa de Planeamiento, que fue confiada al Embajador Carlos García Bedoya. Con su inteligencia, creatividad y conocimiento sobre relaciones internacionales y ciencias políticas, elaboró una visión de política exterior para el país que tanto por su solidez conceptual que partía de un renovado examen de los intereses del país en el marco de la situación mundial y regional, cuanto, por su planteamiento operacional, representaron un cambio que cabe calificar de revolucionario frente a la manera tradicional como se entendía la vinculación externa.

García Bedoya percibió como pocos, que se había iniciado una etapa de transformaciones que sería irreversible. En función de ello, planteó una “diplomacia para el cambio” que no solamente fue oportuna y necesaria, sino que debería seguir siendo elemento central de cualquier planteamiento, visto que hemos entrado a un estadio de la humanidad en el que la única certeza es que todo cambia y seguirá cambiando. No entenderlo cabalmente implicará marginación, irrelevancia y atraso.

La Subsecretaría de Planeamiento en la que laboré varios años, inclusive cuando el Embajador García Bedoya pasó a ocupar la Secretaría General fue para mí un ámbito atractivo, no solamente por la naturaleza del trabajo y la calidad de mis superiores, sino también porque siempre se encontraba un momento para hablar de pintura con Felipe Solari Swayne, conocedor de arte como pocos; o de poesía con Antonio Belaúnde Moreyra y Felipe Valdivieso con quienes competíamos amigablemente en recitar versos de Antonio Machado y otros poetas; o comentar la producción en curso de Edgardo de Habich, escritor y poeta; apreciar los avances en la carrera artística de la más joven diplomática y

ya destacada pianista Liliana Cino y a informarnos de los inicios de Harry Beleván, quien con el tiempo destacó tanto en diplomacia cuanto en literatura. En fin fue tiempo de compartir con personas cultas, amables y muy humanas, lo que no restaba en nada a su competencia profesional y la calidad de su labor. Al Embajador García Bedoya le sucedió en la Subsecretaría el Embajador Jorge Morelli Pando y por un tiempo también el Embajador Manuel González Olaechea, ambos destacados profesionales con los que siempre mantuvimos la mejor amistad.

Tras varios años, el General Mercado Jarrín fue sucedido por el General Miguel Ángel de la Flor. En esas circunstancias viajé por casi un año a Oxford para seguir un programa académico destinado a diplomáticos extranjeros. Al retornar a Lima, continué laborando como Jefe de Estudios en la Sub Secretaría de Planeamiento.

En una oportunidad, hice parte de la delegación que acompañó al Canciller a una Asamblea de la OEA en Quito. Las cosas transcurrían normalmente, cuando una mañana que me encontraba en la Cancillería de la Embajada, redactando unos informes con Eduardo Ponce Vivanco, entonces Secretario, una empleada nos informa que habían llamado de la residencia porque se estaba produciendo un incendio. Salimos corriendo hacia el local, ubicado en una casona en el centro de la ciudad y, ya cerca, encontramos que la única vía de acceso estaba bloqueada por una manifestación de estudiantes, que lanzaban piedras a la policía fuertemente armada que les cerraba el paso. No habiendo otro modo de llegar al local, le dije a Eduardo que camináramos calmadamente hacia la policía con las manos en alto. Ciertamente estábamos vestidos como diplomáticos y, con la dudosa compañía de estudiantes detrás que querían seguirnos para lanzar piedras de más cerca a la policía y a los que tratábamos de espantar, gritamos que éramos diplomáticos peruanos que necesitábamos llegar a la residencia. Felizmente la policía advirtió la diferencia y nos dejó pasar, mientras sobre nuestras cabezas continuaba volando las piedras y los gases lacrimógenos.

El “incendio”, felizmente, no era en la casa sino en un quiosco techado de paja en el jardín y al que lo estudiantes habían puesto fuego, posiblemente sin saber que era la Embajada del Perú. Tomamos las mangueras disponibles en la casa, cuando felizmente pasó un coche rompe manifestaciones que advirtió el fuego, lanzando un potente chorro de agua por encima del muro que prácticamente lo apagó, dejándonos la tarea de acabar con algunos rescoldos.

Obviamente, nos tomó buen rato reponernos del susto y, no tratándose de nada “oficial” participamos en la noche en la agradable cena que ofreció el Embajador Jorge Morelli Pando al Canciller y otras autoridades ecuatorianas. En fin, la cuestión no tuvo mucho de diplomática, pero en las lecturas que hasta entonces conocía, no encontré nada que me hubiese informado que tratar de “apagar incendios” no figurativamente en relación con serias tensiones o crisis sino con mangueras, es algo que también podía ocurrir en la vida diplomática. Nuevo elemento a contar entre “los gajes del oficio”.

Volviendo a la política exterior, más allá de lo que implicaba la pérdida del sistema democrático y sin ánimo de excusar nada, debe tenerse en cuenta que fueron años y décadas en que se produjeron no pocas alteraciones del sistema democrático en América Latina; y también reconocerse la significación política y económica de muchos países de condiciones similares al nuestro en diversas regiones del mundo.

No pretendo hacer un balance del gobierno militar; pero estimo que, en el ámbito de las relaciones exteriores, la Cancillería y el Servicio Diplomático hicieron todo esfuerzo por defender los derechos permanentes del Perú y promover sus intereses y, hacia el interior, para evitar decisiones inconvenientes para nuestra política exterior; lo que no fue siempre posible. Una de ellas, fue la de romper relaciones diplomáticas con Francia por los experimentos nucleares en el Atolón de Mururoa en el Pacífico. Se alegó que implicaban una amenaza directa a la salud de la población, lo cual con el tiempo quedó demostrado que no era cierto. En 1975, el General Velasco fue reemplazado en la Presidencia por el General Francisco Morales Bermúdez y poco tiempo después, los Cancilleres pasaron a ser los destacados Embajadores en el Servicio Diplomático José de la Puente, Carlos García Bedoya y Arturo García y García.

Evaluar la gestión exterior del Gobierno Militar no es fácil. Se mantuvieron las grandes líneas de la política exterior, se amplió considerablemente el rango de intereses externos y relaciones políticas y diplomáticas, se mantuvo posicionamientos moderados y productivos en las organizaciones internacionales y se procuró evitar la exacerbación de las dificultades. Entre éstas, el recelo de los gobiernos del Perú y Chile tras el sangriento golpe de estado de Pinochet en 1973 contra el gobierno de Allende. También tuvo altibajos una compleja relación con Cuba, en la que se pasaba de inconvenientes y no del todo ciertas expresiones de coincidencia y frecuentes encuentros y visitas ministeriales recíprocas a preocupantes crispaciones; las que alcanzaron su clímax con la ocupación de la Embajada del Perú en la Habana por millares de cubanos anhelantes de huir del régimen castrista.

Los cancilleres diplomáticos tuvieron muy destacada actuación para que, al retorno de la democracia en 1980, el Perú se encontrara en una posición internacional favorable en la que, entre otras cosas, había logrado sustantivos avances en la negociación del nuevo derecho del mar en función de los intereses del país y se promovieron importantes iniciativas bilaterales y multilaterales.

En esos largos doce años, con dos etapas muy diferentes, se consiguió estabilizar la relación con Estados Unidos y se suscribió un acuerdo de compensación por las nacionalizaciones y expropiaciones. La ampliación de vinculaciones diplomáticas y económicas, permitió mayor presencia en un mundo que no dejaba de cambiar, incluyendo la participación en las agrupaciones de los países en desarrollo: el Grupo de los 77 para temas económicos y el Movimiento No alineado, esencialmente para los políticos, relativos estos a dos grandes temáticas: la Guerra Fía y el avance del proceso de descolonización. Su apropiada participación en ambos, incrementó la visibilidad del Perú en el escenario mundial.

Con algunas inevitables concesiones, la actuación en los ámbitos multilaterales fue más bien por el lado de la moderación y la búsqueda de lo posible. No se cayó en la aceptación de posiciones extremas y se actuó en todo momento con total observancia de los compromisos contraídos y el Derecho Internacional.

Con el impulso intelectual y diplomático del Embajador Carlos García Bedoya, entonces Secretario General de Relaciones Exteriores, a comienzos de los años setenta el Perú promovió la más completa revisión del Sistema Interamericano nunca antes intentada. Su resultado no fue perfecto, pero si positivo y se concertaron acuerdos que sólo en parte fueron llevados a la práctica por la falta de determinación de varios países de ratificar lo que habían convenido. Así era entonces y sigue siendo ahora nuestra América Latina.

El Servicio Diplomático cumplió, con creces, su responsabilidad en circunstancias que no escogió; haciendo todo lo posible para la defensa de los derechos del país y la promoción de sus intereses, temas que trascienden a los gobiernos de turno.